

### **Guareschi y los límites del humorismo**

*Este artículo es solo un estudio crítico, y atiende ante todo al valor estético de la obra. No ha de interpretarse, en absoluto, como una exaltación de Don Camilo en todos sus aspectos. Mucho menos, como una recomendación. Esta novela, que en Italia, por causas bien conocidas, pudo hacer bien, ridiculizando la política de la mano tendida, de la alianza – imposible – entre católicos y comunistas, pudiera constituir un peligro si se la interpretara errónea y torcidamente. Lamentamos además que haya circulado una traducción argentina defectuosa, en un castellano que deja mucho que desear, que ha sido adaptada a convenientemente a la mentalidad del lector español, mediante un prólogo explicativo que salga al paso de nocivas interpretaciones. Más, teniendo en cuenta que esas interpretaciones torcidas han hecho ya su aparición en un film, que con frecuencia traspasa los límites de la reverencia y el respeto.*

*Algo sobre un misterio.* Podemos hablar de un misterio del Humorismo, como podemos hablar de un misterio de la Poesía. Es fácil reconocer, a primera vista, la presencia de la Poesía: difícilísimo descubrir su esencia y sus secretos. Lo mismo se puede decir del humor: Al fin y al cabo, ser humorista se parece mucho a ser poeta.

Por lo demás, no hay que confundir el humorista con el satírico. Tampoco, con el escritor bufo, de “astracán”. El primero peca por carta de más; el segundo, por carta de menos. A éste para ser humorista le sobra superficialidad. A aquél, hondura. El satírico vive la vida desde dentro, con interés, con pasión; mientras el humorista sabe mirarla desde lo alto sin hundirse como un actor en ella.

Todas estas consideraciones se quedarían flotando en el aire si no las acompañáramos de concretes. Hoy quiero brindarles a ustedes una realidad concreta: un famoso humorista italiano: Guareschi. El más alto valor de su obra es el optimismo espiritualista, porque Guareschi tiene, ante todo, una concepción de las cosas y los acaeceres profundamente espiritual, cristiana. La obra de Guareschi es una consecuencia de la guerra; pero, si por los frutos se conoce el árbol, por el optimismo con que ha superado la catástrofe, se conoce el cristianismo íntimo de su autor.

La más nociva inmoralidad literaria del mundo actual es cierta oscura desesperación nihilista que precipita a los hombres en el vacío. La alegría y la esperanza se convierten en expresiones de la más alta calidad. Es significativo un pasaje de una de las obras de Guareschi. Había el Guareschi cautivo, prisionero en un campo de concentración:

“Señora Alemania, me has metido entre alambradas, y haces guardia para que no salga.

“Es inútil, señora Alemania: no salgo, pero entra quien quiere. Entran mis afectos, entran mis recuerdos.

“Y esto aun no es nada, señora Alemania: entra también el buen Dios y me enseña todas las cosas prohibidas por tus reglamentos...

“Señora Alemania, tú te inquietas por mí, pero es inútil. Porque el día en que, airada, dispararás con alguna de tus mil máquinas de guerra y yo caeré tendido en el suelo, verás que de mi cuerpo inmóvil se alza otro yo, más hermoso que el primero. Y no podrás colgar un número de su garganta, porque volará, huirá atravesando la alambrada, desapareciendo.

“El hombre es así, señora Alemania: de fuera es muy fácil gobernarlo, pero dentro hay otro hombre a quien gobierna sólo el Padre Eterno.”

*Un mundo pequeño.* – Guareschi, en las tres historias que preceden al *Don Camilo*, pretende desvelarnos los secretos de su “mundo pequeño”, mostrarnos con tres ejemplos significativos lo que es este inexplicable mundo para que comprendamos mejor el absurdo, la violencia y la poesía de su historia. Si tuviera que elegir una entre las tres, me quedaría sin vacilar con la tercera, con la historia de la muchacha.

Un muchacho de catorce años que se enamora de una muchacha de dieciocho. Un día, la mira al lado de un joven.

“–Senti una gran rabia – nos dice. “Salta de la bicicleta y la amenaza:

“–Si te vuelvo a encontrar con otro, os abro la cabeza –” le dije.

“La muchacha me miró con sus malditos ojos, claros como el agua.

“–Porqué hablas así? – me preguntó en voz baja.

“No lo sabía, pero, ¿qué importa?

“–Porque sí – respondí –. Tú has de salir a paseo sola o conmigo.

“– Tengo diecinueve años y tú, a lo más, catorce – dijo la muchacha –. Si tuvieras al menos dieciocho, sería otra cosa. Ahora yo soy una mujer y tú un muchacho.

“– Espera a que yo tenga dieciocho años – grité –. Y procura que no te vea con alguno, o estás frita.

Cuando el muchacho ha cumplido los dieciocho, ella le responde:

“– Tienes dieciocho años, yo veintitrés. Los chicos me apedrearían si me vieran con un muchacho tan joven.

Pero para ello, los chicos han de alcanzar su habilidad y su puntería. “Torna una piedra. Apunta a un aislador. El aislador salta hecho pedazos. Sólo queda – desnudo como un gusano – el clavo de hierro.” Sin embargo, será mejor que primero cumpla el servicio militar.

Cuando lo ha terminado, tiene ya veintidós años. Anochece. Monta en su bicicleta. La muchacha le está aguardando junto a un palo del telégrafo. Le cuenta una historia triste. Una noche se incendió el pajar, se incendió la casa. Todo ardió: el huerto, el ciruelo. Y la muchacha quedó hecha un montoncito de cenizas. Allora se apoya en el palo. Y su cuerpo transparenta. Se pueden mirar las venas de la madera. Su frente es como de aire. El la toca, y choca con el palo. La muchacha continua acudiendo a su cita: cada atardecer le aguarda apoyada en el tercer palo del telégrafo.

“Ésta era mi enamorada” – nos dice Guareschi. Y sentimos un escalofrío, porque se ha enamorado de la muerte.

Esta historia – absurda, violenta, en que el amor se alcanza a pedradas – está impregnada de no sé qué neblina poética hecha de tristeza y fugacidad. Es una historia humorística en que una poesía romántica – la vida sentida como algo misterioso – acaba por imponerse de una manera absoluta. En ella hay tres elementos: un elemento absurdo, un elemento violento – de potencia primaria –, un elemento poético: romanticismo. Pero el elemento más importante – lo esencial – es el humor.

El humorismo no es sólo el arte de mofarse de la vida y reír sobre sus calamidades.

El humorista, ante todo, es un hombre que siente la vida. Sonríe, porque la contempla desde lo alto, superándola. No porque la ignore o la niegue. Guareschi sonríe sobre los amores absurdos de aquel muchacho – que es él mismo –, y sonríe

sobre un amor conquistado a pedrada limpia. Pero hay un momento en que deja de sonreír: comienza a sentir, a sentir hondamente. Está tocando el misterio y la poesía, que le hacen temblar de evocación.

*Un humorista en un campo de concentración.* — Estas características aparecen en toda la producción de Guareschi. Tomemos otra de sus obras. El *Diario clandestino*, se nos dice, tiene un interés peculiar: es una expresión más del tema de los prisioneros de guerra; pero es la visión de un humorista. Esto nos revela los verdaderos límites del humorismo. Quien crea encontrar en *Diario clandestino* una bufonada, una caricatura, se llevará un chasco. *Diario clandestino* es una obra realista, dolorosa y trágica. Es la obra de un humorista que tiembla ante la presencia de la muerte, pero que nos hace sonreír sobre las cenizas de un cementerio.

La vida de un campo de concentración está llena de pequeñas molestias. Un día la molestia es un martillo insoportable y antipático, que Guareschi odia. Es el martillo del capitán Novello. “Un día – nos dice – lo escondí entre las virutas de mi almohadón pero aquella misma noche soñé que el martillo me clavaba un clavo en la nuca. La noche siguiente, lo esconde a sus pies, entre unas pajas. Tuvo un sueño más horrendo todavía. Torquemada en persona le arrancaba con unas tenazas candentes el pulgar del pie izquierdo.”

Hemos aludido a una superación del dolor: aquí, a lo más, hay la superación de una molestia; pero en cada caso el humorista tiene sus procedimientos, su técnica: se crea un aire, un ambiente de humor. Aquí, con el recurso a lo grotesco, a lo caricatural, que, si bien no hay que confundir con el humorismo, puede servirle de base.

A veces el humorista, para crear su atmósfera, nos hace caer desde las regiones del ideal a la grosera realidad cotidiana. Guareschi, que conoce este procedimiento, lo emplea con indecible suavidad. En un cuento publicado en el *Cándido*, la revista humorística de Guareschi, que se titula “El Nubarrón”, el Flaco, uno de los comunistas del “Don Camilo” monta en un triciclo con verdadero idealismo revolucionario. Es un triciclo horrendo que han construido – con torpeza – los miembros de la “Casa del Pueblo”. Avanza con espantosa lentitud. Para que corra un poco, hay que pedalear con desesperación. “Los reaccionarios, en realidad, no se rieron del aparato, que hacia lento el triciclo: se rieron del furor con que el Flaco tenía que pedalear para dar velocidad a la marcha de la ciclorrevolución proletaria.

“La ración rió y dijo: Pasa el nubarrón.

“Rió porque no comprendía que no se trataba de una cuestión de piernas, sino de una cuestión de fe.”

Otras veces, se alcanza el humorismo por la extrapolación del tópico. El humorista coloca el tópico fuera de su lugar habitual. – Es una técnica que estudió hace unos años Lain Entralgo en un conocido semanario humorístico español – Hemos hablado del martillo del capitán Novello. Un día desapareció. Hubo quien dijo que había optado por la República, hubo quien insinuó que se había matado por amor. “Ahora – de cuando en cuando –, durante la silenciosa pesadez de la siesta o en el corazón de la noche se oye golpear en las paredes de la barraca, ora aquí, ora allí golpes repetidos. – Es el espíritu del que fué martillo del capitán Novello que viene a reclamar venganza.”

Este humorismo está lleno de optimismo y de bondad. “Logré pasar a través de este

cataclismo (la guerra) sin odiar a ninguno. Antes bien, encontré un precioso amigo: a mi mismo.” Aun prisionero, el humorista conserva su testarudez de emiliano de las tierras bajas. “Apreté los dientes y dije: – No muero aunque me maten. Y no morj. – Probablemente no morí porque no me mataron: el hecho es que no morí” Guareschi lo contempla todo sonriendo: sobre sus dolores, sobre sus calamidades, sobre los pequeños defectos de los hombres. “El italiano tiene el sentido del clavo. Poned a un italiano a la sombra de la unica palmera que se alza en medio de un desierto. Al dia siguiente, veréis su americana columpiarse colgando de un clavo hundido en el tronco de la solitaria pianta.”

El juego humoristico lleva las cosas al absurdo, saca las ultimas consecucncias de un proceso lógico puramente exterior. “Cuando dos años después de marcharme de casa, mi padre me vino a visitar a mi nueva residencia, me encontró sentado a la mesa junto a una joven dama que le era enteramente desconocida. Me preguntó quién era aquella mujer. Y yo le respondi con simplicidad: – Mi esposa.

“Mi padre aprobó con la cabeza, y me preguntó más: entonces yo tenia treinta años, y entre nosotros existia el tácito acuerdo de obrar cada uno siguiendo su iniciativa, por cuenta propia. Y si mi padre, treinta y dos años antes, se había casado sin preguntarme nada, era lógico que – treinta y dos años después – yo me casara sin preguntárselo.”

Es el humorismo del absurdo “Era lógico”, concluye. Se trata de una lógica puramente mecánica.

Con frecuencia, el humorista se apoya en los ridiculos humanos. Esto no supone la sátira, porque los contempla con una amable sonrisa de simpatia. Guareschi nos describe los apuros de unos militares hambrientos: “Entre los tres mil hombres de carrera (exceptuando a dos veterinarios y tres médicos) ninguno tenía idea de lo que habia que hacer para matar un animal. Su cultura general en esta materia llegaba hasta la gallina: más arriba de la gallina eran las tinieblas. Alguno juzgó al cerdo como una enorme gallina, y, no pudiendo retorcerle el cuello, intentó ahorcarlo.”

**Francisco Salvá**

